EL NIETO

Y OTROS RELATOS

Diego Salvador Blanes

El nieto
y otros relatos

Vision Libros

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas de las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

© 2012 EL NIETO Y OTROS RELATOS
© Diego Salvador Blanes
diesalvado@yahoo.es
© 2012 Editorial: Vision Libros
C/ San Benito, 21, Local 28029 Madrid
Tel: 0034 91 3117696 Web: www.visionlibros.com
Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9011-472-8
Depósito legal: M- XXXXXXX

Disponible en papel y ebook
www.vnetdistribuciones .com

Pedidos a:
pedidos@visionnet.es

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de nuestro grupo editor envíe un correo electrónico a:
subscripción@visionnet.es

ÍNDICE

PREFACIO 9

PRIMERA PARTE: **El nieto** 11
El nieto 13
— Prólogo 13
— Primer viaje. Último retorno 16
— Segundo viaje. Iniciación 38
— Tercer viaje. Los meandros de la ficción 77
— Cuarto viaje. Aprendiendo a aprender (el deseo de saber). 92
• Batallas 92
• Desafios 99
— Quinto viaje 102
• Puerta primera 102
• Puerta segunda 107

SEGUNDA PARTE: **Las cosas de las cosas** 111
La nube 113
El bote 121
El traje 133
El mantel 143
La cara 153
Las barbas 163
El apartamento 179
El coche 193
El maletín 205
El sofá 219
Los tatuajes 233
El sombrero 245

Prefacio

"El Nieto y otros relatos" es un sentido homenaje a la figura de nuestro padre, Diego Salvador Blanes, fallecido a comienzos de 2012. Un homenaje que sentíamos que le debíamos en lo más profundo de nuestro ser. Y por ello nos pusimos a trabajar en una labor de elección y recopilación de relatos y cuentos que fuesen ilustrativos de su última etapa literaria, aquélla que transcurre durante la primera década del nuevo siglo. En un momento, ya liberado por completo de sus obligaciones laborales, desde fines de los años noventa del pasado siglo, por fin pudo dedicarse a dar rienda suelta a su imaginación, y a plasmar en varios relatos su inquieto y complejo mundo interior, con pasional querencia hacia mundos oníricos y fantásticos, donde los objetos adquieren un protagonismo, a veces feroz, las más de las veces, divertido, otras incluso cruel, siempre plasmado en un lenguaje directo y coloquial.

La inmensa mayoría de las ocasiones escribió sin duda para él mismo, para su particular y solaz divertimento, y no manifestó deseo explícito de publicar su personalísima creación literaria, con alguna honrosa excepción. Desde alguna institución se le propuso publicar sus obras más conocidas, como "La mujer y el ruido" o "Los niños", y mi padre no puso reparos. Eso sí, él continuó erre que erre presentando sus obras a todo concurso que se le ponía a tiro. Quizá por inercia, quizá por un deseo inconsciente de dar a conocer al gran público su riqueza interior, aunque el mismo autor fuese reticente a reconocerlo.

"El Nieto" debió formar parte de un proyecto más ambicioso que quedó inacabado, por razones que ignoramos, pero todo hace suponer, y conociendo la particular idiosincrasia de mi progenitor, que lo abandonase nada más que por aburrimiento y desinterés.

El motivo de la elección de "El Nieto" como primer relato, que además, intitula la obra es también el homenaje de la pasión de abuelo que sintió nuestro padre por su único nieto, varón, por más señas, en esa especial relación que une a abuelos varones y nietos varones, sobre todo si éste es el primero y además, único.

"Las cosas de las cosas" forman una unidad literaria enmarcada y a la vez diseccionada en varios cuentos que giran en torno a dos personajes que forman pareja —una constante en sus obras—, conviven en alguna ocasión, y que sufren los avatares de la personalización de las cosas que les rodean. Los objetos cotidianos les transmiten y les hacen conocer hechos que han ocurrido en un pasado más o menos inmediato, algunos violentos y crueles, otros divertidos, que enredan a los protagonistas en un sin fin de peripecias, jocosas la mayoría, sórdidas otras, pero siempre dentro de la línea de literatura fantástica que siguió nuestro padre a lo largo de su trayectoria literaria. Una literatura en la que los objetos cobran vida, aparecen rostros inquietantes en paredes y espacio, entes extraños carentes de corporeidad que cuentan historias no menos raras a los protagonistas. "Las cosas de las cosas" supone una reflexión sobre cómo los objetos inanimados que los hombres han creado para su mayor comodidad, siempre que pueden, gobiernan los designios más profundos de los seres humanos. Una reflexión cubierta una vez más por un barniz onírico y fantástico, constantes en la obra de nuestro padre, en búsqueda constante de nuevos cauces, nuevas formas, para contar sus historias. Siempre desafiándose, en un eterno juego creativo consigo mismo, que era lo que más le divertía. Pero, también siempre, dejando ver la profunda sensibilidad que poseía, con la que se enfrentaba a lo que de absurdo tiene el hombre.

Durante la última década de su vida, Diego Salvador escribió, como siempre había hecho, novelas de mayor o menor metraje y sobre todo cuentos y relatos cortos, formato muy querido por el autor durante esta época. La crítica cáustica hacia todo lo humano y lo divino, los mundos oníricos y fantásticos, son constantes en la obra de Diego Salvador, quien se rio de todo, a veces con más humor que otras, otras con socarronería descarnada, las más con desenfado y sobre todo utilizando un lenguaje directo y coloquial que pretendía conectar con el gran público.

Y no nos queda nada más que invitar al lector a que se sumerja en estas páginas con el ánimo de introducirse dentro del mundo interior de Diego Salvador Blanes, de una mente en plenitud de facultades, dentro ya de su madurez tardía, posterior a la jubilación de un trabajo alimenticio que, como siempre decía él, "era provisional". Diego fue alguien que se reía de todo lo humano y lo infinito, y que aplicaba a sus textos una fina ironía que no siempre es fácil de captar tras una primera lectura.

Olga y Diego Salvador Conejo, Mayo de 2012

PRIMERA PARTE

EL NIETO

El nieto

PRÓLOGO

—Podéis dar las gracias de haber sido hechos como sois, que podíais haber sido hechos mucho peor —había contado el Abuelo un día al Nieto.

—¿De verdad abuelo que te dijo eso la Tierra? —le había preguntado el Nieto.

—Una noche, mientras me disponía a dormir metido en el saco, en lo alto de la montaña y teniendo por encima de mí únicamente el cielo estrellado —le había asegurado el Abuelo.

—Deberíamos subir un día, los dos, a lo alto de la montaña a pasar la noche bajo las estrellas.

—Ya me gustaría. Ya.

—¿Y quién te lo impide? —preguntó el Nieto.

El Abuelo miró al Nieto largo rato y haciendo una mueca que quizás quiso ser una sonrisa, cerró los ojos y se arrebujó en la butaca —¿No ves que los años? —El Nieto esperó que el Abuelo continuara y ante su silencio, se levantó para salir del cuarto —Y también me dijo la Tierra, que el día que se le acabaron las ideas, se inventó al hombre para que inventara él —oyó decir el Nieto al Abuelo como si hablara en sueños.

El Nieto esperó a que continuara, pero pareciendo que el Abuelo por aquel día había terminado, llamó —Abuelo.

—¿No ves que duermo?

—Pues dime entre sueños cómo fue eso de que hablaste con la Tierra.

—Ella fue la que me habló, estando en lo alto de la montaña, con el manto de estrellas sobre mí —contó el Abuelo como si soñara.

—Eso ya me lo has dicho.

—Pues eso. Que me habló —dijo el Abuelo volviendo a guardar silencio.

—¿Y? —insistió el Nieto.

—¿No vas a dejarme dormir?

—No.

—¡Bueno! —resopló el Abuelo —Miraba las estrellas metido dentro del saco, cuando una voz opaca que parecía salir de la tierra, me dijo lo que me dijo.

—¿Y qué más? —quiso saber el Nieto.

—¿Y por qué ha de haber más?

—Te conozco, abuelo. ¿O acaso es que te lo has inventado, que no te habló la tierra?

—¿Mentiroso yo? —protestó el Abuelo sin mayor convicción, sin mirar al Nieto ni variar la postura, como si admitiera físicamente la duda del Nieto.

—¿Qué más abuelo?

—No sé sí contarte —dijo el Abuelo sentándose y mirando unos instantes a lo profundo de los ojos del Nieto —Me dijo también que no aguantaba ni más peso, ni más estupidez. Que cuanta más gente había, más banalidad soportaba. Que era una desgracia que tanta vida se desperdiciara como se desperdicia. Y también que la gente cree que es un cadáver incorrupto del que se puede utilizar todo y para todo. Eso me dijo.

—¿Y tú callado, sin decir nada? —se extrañó el Nieto.

—¿Y qué iba a decir? Bastante tenía con escuchar. ¿O tú hubieras hecho otra cosa que callar y oír?

—¿Y por qué serías tú el elegido?, que nunca he oído que a nadie le hablara la tierra.

—¡Ah!

—Si te eligió a ti para decirte lo que te dijo sería por algo. Me digo yo.

El Abuelo pareció dudar —Sería.

—Evidente, abuelo. Si te habló la tierra sería por alguna razón.

—Claro. Sí. Posiblemente —dijo el Abuelo, pensativo —Posiblemente. Pero... no hice cosa otra que escuchar y callar. Lo cierto es que nunca hasta ahora se lo había contado a nadie. Quizás me callé por no asustar a nadie — dijo a modo de reflexión —también me dijo, que con tanto peso como se iba acumulando por causa de la masa humana, llegaría un día en que caería, que acabaría por caer en el Universo y que lo más probable es que se estrellaría contra el Sol produciéndose la gran hecatombe —el Abuelo volvió a callar mientras señalaba al Nieto insistentemente con un dedo, como si no encontrara la continuación de la revelación —Sí. Me asusté, lo callé..., lo guardé para mí. ¿Cuántos millones de toneladas soy capaz de soportar antes de caer en el vacío? Eso me dijo.

—¿Que te dijo qué? —se extrañó el Nieto.

—Se preguntó, digo yo que a modo de reflexión, que cuántas toneladas de masa humana era capaz de soportar antes de caer en el vacío y

provocar la hecatombe. Me lo repitió varias veces, como si le obsesionara la cosa.

—¿Te ríes de mí?

—¿Reírme? —dijo el Abuelo, señalándose.

—Eso es una tontería, abuelo —le respondió el Nieto —¿Cómo puede suponerle peso por muchos humanos que seamos?

—Por algo lo diría. Digo yo. ¿O pretendes saber tú más que la Tierra?

—Para algo está la gravedad que todo lo atrae hasta su centro, hasta el centro de esa Tierra que te dice esas cosas tan fuera de lugar.

—¿Sabrá ella mejor que tú lo que puede soportar? —insistió el Abuelo.

—Alguien te tomó el pelo en aquella noche ¿fantástica?, abuelo.

—Estaba completamente solo bajo las estrellas y muy despierto. ¡Pero que muy despierto! —dijo el Abuelo como soñando.

—¡Seguro que lo soñaste!

—¡Te digo que estaba muy despierto!

—No te cabrees abuelo. Ya te dejo —y diciendo esto el Nieto, fue a dejar solo al Abuelo, no sin antes desearle buenos sueños.

—También maldijo el día que le apareció el primer cigoto —le había dicho el Abuelo irguiéndose en la butaca.

El Nieto rompió a reír —¿Pero no estabas con sueño?

—¿Estaba?

—¿Y...? Pero... —se interrumpió el Nieto en lo que iba a decir, aunque optó por continuar —Creo, Abuelo, que te eligió.

—¿Elegir? ¿Para qué?

—¡Para salvar la tierra!

El Abuelo rompió a reír en una estruendosa carcajada —¿Salvar? —Pudo decir medio atragantándose con la risa —¿Salvar? –repitió sin atreverse a decir más por no confundir al Nieto.

—Salvar —dijo el Nieto, serio —Salvar. ¿O no es eso lo que hay que hacer? Salvar a la Tierra, salvar a la Humanidad.

—¿Salvar de qué? —dijo el Abuelo mirando a la profundidad de los ojos de su Nieto.

—¿Es que no es evidente que hay que hacer todo lo que hay que hacer? ¡Abuelo! ¡Todo está por hacer!

El Abuelo, que fue a responderle que ya estaba todo hecho, se miró el dorso de las manos arrugadas y con demasiadas manchas en la piel, pensó también, y después de haber mirado al Nieto, cerró los ojos suspirando hondo.

PRIMER VIAJE. ÚLTIMO RETORNO

—El viajar son caminos que no conducen a parte alguna. ¿O te crees que alguna vez llegarás a algún sitio? —dijo el Abuelo disimulando el gesto de pitorreo.

El Nieto, tragándose la respuesta más o menos punzante, optó por guardar silencio, pensando en su último viaje, sonriendo al Abuelo esperando respuesta a la provocación

—¿Y? —insistió el Abuelo adoptando un aire grave tan contrario de la guasa que escondía.

Encogiéndose el Nieto de hombros mientras acariciaba en el bolsillo el fruto candente del viaje, sin poder evitar sonreír y ante el gesto de desconfianza del Abuelo se justificó con un —No me burlo, abuelo.

—Lo sé. Lo sé. ¿Pero qué escondes en el bolsillo que te quema?

—El fruto del último e inútil viaje —respondió el Nieto con sorna.

—Ya me gustaría verlo. Ya —insistió serio el Abuelo.

—La futilidad de viajar no puede producir frutos. ¿A quién le he oído yo decir eso? —dijo el Nieto entrecerrando los ojos.

El Abuelo miró a otro lado como si con él no fuera la cosa —¿No habrás encontrado la montaña?

—¿La montaña? ¿Qué montaña?

—Tu montaña —dijo el Abuelo mientras el Nieto miraba a las alturas, dándose la importancia que el momento requería, sonriendo burlón cuando miró al Abuelo —Terminarás por abrasarte si no sacas la mano del bolsillo.

—Tengo sueño abuelo. El viaje ha sido largo. Largo y muy intenso —y retirándose dejó al Abuelo farfullando.

El Nieto se despertó sobresaltado, extrañándose de principio del lugar donde se encontraba, reconociendo su habitación —¡Maldita sea! —Se lamentó de la interrupción del sueño repetido tantas veces a lo largo de los años —¡La montaña! —reclamó en voz alta, cerrando los ojos con fuerza, intentando visualizar el sueño —¡Imposible! —se lamentó después de un rato en el que hizo todo el esfuerzo por dormirse de nuevo, por volver al sueño, encontrándose en la mesilla con el fruto del viaje con el bocado de menos, perdido parte del fulgor de cuando lo cogió.

Tomó el Nieto el fruto del viaje, pareciéndole oír como una risa traviesa salir de su interior, algo que también le pareció oír cuando sustrajo el fruto, cuando huyendo había arramblado con él, que según pasaba a la carrera por donde el fruto estaba, se lo había quitado de las manos al

hombre parado como alelado, por no irse con las manos vacías, por tener constancia de que había estado en aquel lugar y poder demostrarlo si es que había necesidad de ello.

—Así que ése es el fruto del viaje —oyó decir al Abuelo desde la puerta, echando sobre el fruto la chaqueta del pijama que se había quitado, tapándole por ocultarlo a los ojos del Abuelo —¿Eso el fruto del viaje? —se burló.

—Precisamente eso —presumió el Nieto.

—Un viaje corto de resultados... —se burló de nuevo el Abuelo, tosiendo de la risa como si se ahogara —si es que he visto lo que he visto, que ya no puedo fiarme... de estos ojos míos

—Fue una entrada sin mayores dificultades —contó el Nieto describiendo un arco con la mano como si señalara el arco iris —Una entrada abierta, invitando a la visita a pesar de la semioscuridad que reinaba. Sugerente. Misterioso.

—¡Buen comienzo! ¡Vive Dios! ¡Así tienen que ser los comienzos...oscuros! —dijo el Abuelo sin moverse de la puerta, lanzándole la mano como si fuera un desafío.

—No había dado ni tres pasos, —continuó el Nieto irritado —cuando vi sobresaliendo del suelo unas a modo de matas.

—¡Nabos! —le incitó el Abuelo.

—¡Ni remolachas! —le respondió rápido el Nieto.

—¡Vaya! —Dijo el Abuelo dudando —Me esquivaste.

El Nieto se levantó y juntando ambas manos ante el rostro, las fue desplazando como si descorriera cortinas ante un mundo —Y cuando comencé a caminar y la oscuridad se fue aclarando, me vi caminando por un campo de... ¡nabos!

—¡Ni remolachas! —Rió el Abuelo.

El Nieto aplaudió al Abuelo —¡Bien por mi abuelo! Y... —se detuvo señalando un mundo extendiéndose hasta el infinito —hasta donde la vista se perdía, se extendían las matas por entre las que fui caminando por no pisarlas. Caminé infatigable entre tanta mata.

—¿Sin tentarte arrancar ninguna? —preguntó el Abuelo, malicioso.

—Se me iban las manos, abuelo, pero seguí caminando.

—¡Con miedo! —le señaló acusador el Abuelo.

—¡Con precaución!

—¡Éste es mi nieto! —le jaleó el Abuelo.

El Nieto se acercó al fruto tapado con la chaqueta del pijama y cogiéndolo con la envoltura se lo mostró al Abuelo —¿Qué darías por saber del fruto?

—Hasta ahora nada —le contestó, inmutable.

El Nieto mostró al Abuelo el fruto relumbrón bajo la chaqueta —¿Nada?

—Nada.

—¿Y si te lo escamoteara para siempre? ¿Si ya nunca jamás tuvieras la oportunidad de volver a verlo?

—Entonces... —pareció dudar el Abuelo —Entonces tampoco te daría nada.

—Me mientes.

—¿Qué es lo que se puede ocultar, que no sea por aparentar un misterio... o una trampa?

El Nieto dudó un momento y retrocedió un paso, diciéndose...

—Eres un fanfarrón —dijo el Abuelo.

—¿Yo? —se extrañó el Nieto.

—No. Yo. Eso es lo que tú piensas de mí porque piensas que no es cierto que no me interese lo que escondes.

Abuelo y Nieto se miraron falsamente malévolos y puñeteros.

—Esquivando matas iba, —continuó contando el Nieto después de un silencio —cuando de repente me sentí vigilado y cuando rápido busqué alrededor, escuché un batir de potentes alas sin llegar a ver al causante de tan fuerte aleteo. Aguardé unos instantes precavido y al no sentir ningún ruido sospechoso, continué caminando evitando pisar las matas, que algunas se mecían como movidas por suave viento. Escuché un potente silbido, tirándome al suelo una a modo de potente ráfaga de viento, dándome tiempo a ver como a gran velocidad se alejaban un par de enormes alas, visión apenas percibida, pues el polvo que se levantó me cegó y cuando la polvareda se pasó no vi ante mí nada más que el enorme campo de matas que se perdía en el horizonte —el Nieto guardó silencio unos instantes y buscando la mirada del Abuelo, encontró sus ojos cerrados, como escuchándole sumamente concentrado —Aguardé con miedo, encogido, que lo que me había sobrevolado me pareció de mucha envergadura y prestando atención, me pareció oír desde muy lejano un sonar de trompeta y cuando presté más atención, intentando escuchar por encima del sonido del viento, oí nítidamente el ensayo de un solo de trompeta con repeticiones y correcciones constantes, todo ello sin que viera ningún atisbo de presencia humana, ni casa, ni ningún signo de vida. Sólo las matas.

El Abuelo se rascó la barbilla con gesto de aburrimiento contenido y cogiendo un vaso vertió un culín de la botella de vino que sacó del armario —Te ofrecería si bebieras —y diciendo se echó un trago al coleto —Hay que dar alegría al cuerpo —dijo limpiándose la boca con la bocamanga

del jersey, diciendo cuando el Nieto hizo un mohín de desaprobación —Trago de estar por casa. Un culín —se justificó señalando la manga —¿Y bien?

El Nieto chascó la lengua, continuando —Ni una nube había y de pronto se oyó un estallido como si los cielos fueran a caerse. Un solo estruendo que me hizo arrodillar protegiéndome la cabeza con los brazos. Un estruendo seco y cortante que erizó al unísono la inmensidad de las matas, apuntando a los cielos como si intentaran defenderse, viendo llegar desde la lejanía las dos potentes alas, ahora bien visibles que descendían en picado hacia mí. Busqué un agujero donde esconderme y en el preciso momento que se abatían sobre mi persona, me tiré en uno de los surcos de donde crecían las matas, evitando la llama flamígera que me pasó rozando.

El Abuelo se echó otro culín de vino en el vaso, que bebió de un trago antes de decir con guasa:

—Llama flamígera que por lo menos arrasó un montón de matas.

—Te equivocas, que ni una tocó.

—¡Maldición! ¡Que fallé la adivinación!

—¡No das una abuelo! —Rio el Nieto.

—¡Me lo merezco! —el Abuelo torció el gesto y golpeando el aire con el puño, señaló al Nieto animándole a continuar —¡¿Y dónde fue a parar esa llama flamígera?!

—Desapareció. Como si no hubiera llegado. Alas y llama habían desaparecido cuando las busqué. Sólo el cielo, el campo de matas y el silencio. Un maldito silencio, pesado, que me dejó acuclillado entre los surcos. Y de nuevo los trompetazos estridentes como afinando la trompeta, que me hicieron rechinar los dientes y taparme los oídos. Tan desagradables e insoportables eran. Pero ni por ésas, que los clarinetazos se hicieron cada vez más insoportables, que parecía fueran a taladrarme el cerebro. Y de nuevo el silencio, el más espantoso silencio que no parecía si no que el cielo todo fuera a derrumbarse de súbito sobre la tierra y cuando escondí la cabeza entre los brazos por preservarme de lo que se me venía encima, me doy cuenta que las matas de nuevo estaban caídas. En un momento tan trascendental, voy y me fijo en esa tontería.

El Abuelo apuró el vaso en un último trago y chasqueó la lengua —Falta de confianza.

—¿Qué? —se extrañó el Nieto.

—Perder la capacidad de atención ante un hecho importante, no demuestra nada más que falta de confianza. Eso he dicho —el Nieto miró al Abuelo unos segundos antes de chasquear la lengua, imitándole —En el silencio estabas —le animó el Abuelo a continuar.

—El espantoso silencio.

—Sí que puede ser espantoso el silencio. ¡Tan espantoso! —dijo el Abuelo moviendo la cabeza como recordando —Entré cierta vez en una oscura cueva donde más que la oscuridad lo que me atenazó fue el silencio. El silencio que sonaba. Intermitente. ¿O continuado? Persistente. Arrastrándome hacia las profundidades sin que pudiera sustraerme a su llamada. Una profunda garganta que me absorbía lentamente deshaciendo mi capacidad de pensar. Yo, tan vanidoso, dejándome diluir en el silencio —hizo el Abuelo un largo interregno antes de continuar —Llegando un momento que fue como si no existiera, como si todo yo me hubiera diluido en el silencio y formara ya parte del aire, de la nada. Aquel silencio ingrávido era una nada donde había entrado para diluirme, para no ser nada. ¿De ese silencio hablas?

—Hablo del miedo al silencio, donde todo se ve y nada se oye. Donde todo está ahí, palpable y vivo, pero sin respuestas. De ese silencio cuento. De ese silencio que parecía ser incapaz de sujetar los cielos que amenazaban con desplomarse.

El Abuelo rio —¿Pero cómo se puede ser tan simple y temer que un cielo vaya a desplomarse. ¿Qué cielo has visto tú desplomarse?

—¿Acaso llover desaforadamente no es un desplome de los cielos? ¡Una metáfora! Abuelo.

El Abuelo abrió los brazos —¡Siendo así...! —y juntando las palmas de las manos se las llevó a la frente simulando pedir perdón —Continuad maestro.

—Solo ante aquella inmensidad de matas rodeándome, rodeado por el silencio y a punto de caérseme el cielo encima. ¿Qué crees que viene a adornar la guinda del pastel?

—¡Oh! —exclamó escueto el Abuelo como esperando la gran revelación.

—Un ángel con espada flamígera —contó el Nieto deslizando la mano por el aire como si suavemente cortara el aire.

—¡Oh! ¡Puñetas! Debí haberlo adivinado —contestó el Abuelo mostrando un interés desusado.

—¿Y por qué se me apareció el ángel? —le interrogó el Nieto —¿Por qué?

—Los ángeles generalmente se aparecen para dar buenas nuevas —le respondió el Abuelo echando una ojeada al vaso vacío de vino.

—"¡¿Qué haces aquí?!" Me increpó el ángel señalándome con la espada llameante. Aquí, le respondí yo. Debías estar muerto, me respondió acercándome peligrosamente la espada encendida. ¿Muerto? Me dije yo.

—¡Muerto! —Repitió el ángel, iracundo —¿O acaso ves a alguien vivo a tu alrededor?

Miré a mi alrededor, por mirar, que hasta entonces a nadie había visto.

—Qué sé yo si al otro lado del horizonte siguen vivos.

—La tierra está muerta. Vacía. ¡Y tú! —Me dijo señalándome con la espada que parecía desprender rayos y centellas —¡Tienes que estar muerto! ¡Es mi responsabilidad!

—¡Que yo era su responsabilidad! ¿Entiendes abuelo?

—No.

—El ángel batió sus alas y elevándose señaló a diestro y siniestro. ¿Dónde ves tú alma viviente? ¡¿Dónde?! ¡¿Por qué te crees con derecho a ser el único vivo sobre la tierra?! ¡¿Quién te crees que eres?! ¡Me estás haciendo incumplir mi deber! —quedé acojonado y arrodillado, viendo al ángel volar de un lado a otro, describiendo "eses", revolviéndose de vez en cuando hacia mí, señalándome con la espada como si de ella fueran a salir disparadas contra mí mil rayos y centellas —¡Muere ya de una vez! —exclamó como si yo fuera su mayor enemigo.

—¡Hombre! Aún tengo que vivir una vida —le dije, exigiéndole. ¿Fue eso lo mejor que pude decirle, abuelo?

—Cualquier cosa pudo ser una contestación conveniente —le contestó el Abuelo.

—Te juro abuelo que me desconcerté y pensé, fíjate, pensé que aquel ángel no era tal ángel si no una marioneta que hablaba por boca de ganso, que hasta busqué los hilos de quién lo pudiera mover.

—¡Muérete de una vez! Estás haciendo retrasar el evento —me gritó el maldito ángel.

—¿El evento? ¿Qué evento?

—Eso me dijo abuelo. ¡El evento! Y no te quieras adelantar a los acontecimientos y saber lo que tienes que esperar a saber.

—¡¿Qué he dicho yo ahora??! —se defendió el Abuelo.

—¡¿O quieres que te mate yo?! Gritó con voz tonante el ángel.

—Eso ya fueron palabras mayores. ¿No? —dijo el Abuelo.

—No lo sé, abuelo. En aquel momento no estaba yo para pensar en nada, si no únicamente buscando la manera de como escapar de la

situación. ¿O se puede pensar en otra cosa ante una situación como ésa?

—Puede que no.

—El ángel sobrevoló el espacio aéreo en todas las direcciones, como si comprobara una puesta en escena, un escenario donde cada cosa tenía que estar en su lugar y volviendo a aterrizar frente a mí, volvió a señalarme agresivo con la espada, una espada que, de verdad, abuelo, daba ¡pánico!, soltando llamaradas como si fuera un lanzallamas. ¡De los más acojonantes, abuelo!

—¡¿Quién te crees que eres para negarte a morir?! —me conminó el ángel.

—No quiero morir. ¡No voy a morir! —le respondí encolerizado de que se me pudiera exigir una cosa así, pensando de cómo huir de aquella fiera con aspecto de no haber matado en su vida una mosca.

—¡Bien! ¡Éste es mi chico! Quien crea que tiene derecho a decidir sobre la muerte de cada uno... —dijo el Abuelo con gesto airoso, dando un empujón al aire con el puño, torciendo la boca con gesto bribón.

—¡Nadie tiene derecho! ¡Abuelo! —se mosqueó el Nieto ante el gesto del Abuelo.

—¡No señor! ¡Nadie tiene derecho! —apoyó al Nieto con gesto de burlesco villano, chasqueando la lengua como si acabara de darse un trago de vino.

—¡Abuelo! —le advirtió el Nieto apuntándole con el índice.

—Nieto —le respondió inclinando la cabeza con gesto sumiso.

—¡La estridente trompeta...! —se disparó el Nieto, para continuar relajado de inmediato —La estridente trompeta sonó de nuevo, aunque esta vez con un do sostenido, como anunciando importante acontecimiento. Tal fue la cosa, que el ángel descendió y como si presentara armas en un desfile militar con la espada, quedó como una estatua, momento que aproveché para huir reptando entre los surcos al socaire de las matas, que unas eran más tupidas que otras y ofrecían hasta escondrijo seguro. Eso pensé, aunque cuando me arrastraba huyendo del ángel, comencé a oír voces a mi alrededor.

—¡Muérete!

—¡Suicídate!

—¡Mátate!

—¡Fenece de una vez mamón!

—¡Acábate!

—Esto y mil cosas más oía decir en mi alocada huida por entre los surcos, echando de vez en cuando ojeadas tras de mí por si me perseguía

el ángel, aunque no hacía ninguna falta que el ángel me persiguiera, que allí estaban aquellas voces que parecían ser las de sus sicarios, que de pronto me di cuenta que lo que el ángel quería era matarme, no que yo me muriera, sino matarme él.

—¡No intentes evitar lo inevitable! ¡Estás demorando lo que ya tenía que haber sucedido! ¡Maldito seas tú y toda tu descendencia! —Abominó el ángel apareciendo de pronto de nuevo ante mí —Su descendencia ¿no? —dijo extrañado mirando a las alturas, como hablando con alguien invisible —¡Ah! ¡Claro! —dijo de nuevo como contestando a una argumentación que a mis oídos no llegó. Y en esto estaba distraído el ángel mirando a las alturas, cuando de nuevo me escabullí entre las matas, reptando lo más apresuradamente y lo más lejos posible de aquel infernal ángel.

—Hay ángeles y ángeles —dijo el Abuelo por decir algo.

—Respirando fatigado escondido entre un tupido espacio formado por muchas matas unidas, me di un respiro abominando de aquel maldito viaje que me estaba llevando a ningún sitio o quién sabía si a mi final.

—Y aquí estás —dijo el Abuelo.

—Agazapado estaba cuando de nuevo oigo el trompetazo de lo más estridente, como exigiendo, me pareció —continuó contando el Nieto.

—¡Sal inmediatamente de tu escondite! —Volví a oír de nuevo la voz del ángel —¡¿Quién te crees que eres para demorar más?! ¡Eres el único que quedas! ¡Y vas a ser castigado terriblemente por tu rebeldía! —Oí gritar al ángel, viendo entre las matas su espada flamear por el aire de un lado a otro —¡Entrégate!

—Te juro abuelo que cuando estaba a punto de salir de mi escondite, derrotado, a pesar de saber con lo que me enfrentaba. ¡La muerte!

—¡¿Mi nieto entregándose así, tan fácilmente?! —exclamó el Abuelo extremadamente enfurecido.

—Pero no lo hice, abuelo.

—¡Qué abominación si lo hubieras hecho!

—¿Acaso no hay circunstancias que te empujan a lo inevitable? —argumentó el Nieto con gesto sublime.

—¡Pero si te ibas a enfrentar ineludiblemente con la muerte! —bramó el Abuelo moviendo los brazos en el colmo del desconcierto.

—Ya. Pero...

—¡Ni pero, ni gaitas! —maldijo el Abuelo buscando el bastón por enarbolarlo.

—¡Me hubiera gustado verte en un momento como ése! —se le enfrentó el Nieto.

—¡¿En un momento como ése?! ¡¿En un momento como ése?! —Se exaltó el Abuelo, paro recobrando de inmediato la calma, susurró —Le retuerzo al ángel los huevos.

—Te recuerdo, abuelo, que los ángeles no tienen huevos.

—¡¿Quién ha dicho eso?!

—Quién estas cosas dice.

—Pues por algún sitio haría pipí tu ángel. ¡Digo yo!

—¿Quieres o no quieres saber del viaje?

—¡Ah! ¿No me ves interesado? —Dijo con gesto de asombro —¡Me encanta como resuelves los problemas que se te presentan!

—¡¿Qué?! ¿Tú lo hubieras hecho mejor?

—¡Pero si hasta ahora no has hecho más que huir!

—¡Abuelo! ¿Qué podía hacer contra una espada que me quería quemar el culo? ¿Qué armas tenía yo para... ¡contrarrestar!?

—¡El cacumen!

—¿Y qué estuve usando si no el cacumen? —Le respondió el Nieto golpeándose la cabeza —¿Continúo? Porque con tanta interrupción no parece que estés muy interesado en el viaje.

—¡En el mini viaje. Hasta ahora.

—¿Sigo?

—Sigue. Sigue.

El Nieto dudó unos instantes acariciándose la barbilla —¡Ya no sé por dónde iba! —estalló torciendo el gesto y golpeando con el puño el aire —¡No sigo! —exclamó yendo hacia la puerta.

—¡Espera! —dijo el Abuelo, deteniéndose el Nieto al ir a salir —Espera. Estabas acojonado bajo las matas —le recordó el Abuelo.

—¡Estaba escondido!

—Vale. Vale. Escondido —rectificó flemático.

—Me hubiera gustado haber estado en una de esas batallitas tuyas, que de vez en cuando... sacas al aire —le respondió el Nieto.

—¡¿Batallitas?! ¡¿Batallitas?! ¡¿Que yo cuento batallitas?! ¡¿Me estás acusando de mentiroso?! ¡¿A mí?! ¡¿A tu abuelo?! —estalló el Abuelo agitando los brazos al aire en el colmo de la exasperación.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¿Qué? ¿Vas de víctima?

—¡Nieto!¡Que te estás pasando!

—Es lo que das a entender.

—Me estás perdiendo el respeto.

—¿Víctima? ¡Victimísima! ¿Quieres o no quieres saber del viaje?

—¡Cuenta! ¡Cuenta! Si es que sabes por donde vas.
—Estaba escondido bajo las matas cuando el ángel...
—...capón.

El Nieto fue a responder con un exabrupto, pero se limitó a exclamar —¡Capón! —continuando de inmediato el relato, sin dar opción a que el Abuelo le interrumpiera —Escondido estaba bajo las matas, intentando no ser descubierto por el ángel, que daba unas pasadas terroríficas por encima mío con la llameante espada rozando en ocasiones, cuando oigo decir: "¡Entrégate de una vez!"
—¡Venga! ¡Ya! —Oigo decir a otra voz.
—¡Te va dar lo mismo! Tarde o temprano tendrás que claudicar. ¿Qué más da ahora o más tarde? —continuaron diciendo voces a mi alrededor.
—¡Todos los demás jodidos por tu culpa!
—¡Jodidos! ¡Jodidos! ¡De verdad!
—¡Y hartos!
—¡Y aburridos!
—¡Y más que aburridos! Que si llevaras tú aquí el tiempo que yo llevo..., ¡es para suicidarse! —se decían unas voces a otras.
—¿Es que uno se puede morir dos veces? —le dijo una voz a la última que había hablado.
—Es un decir —le contestó la otra voz.
—¡Dejaros de cháchara y descubrir al ángel donde se esconde ese renegado!– dijo otra voz.
—Y así oí varias voces más, todas saliendo como de la tierra e insistiendo que me entregara, llamándome de todo —dijo el Nieto
—¡Que le den por muerto si es el único que queda y a otra cosa mariposa!
—¡Entrégate hombre! —suplico otra voz —Sé bueno.
—¡Es un cabrón!
—¡Cabrón e insolidario!
—¡Ya está bien de tanto insulto! —exclamé poniéndome en pie.
—¡Descubriéndote! —se alarmó el Abuelo.
—¡Descubriéndome!
—¿Y...? —dijo el Abuelo sumamente interesado.
—¡Que apareciendo el ángel como salido de la nada, me apuntó con la espada! ¡Muere! —me exigió.
—¿Y...? —volvió a insistir el Abuelo.
—Pues que aquí estoy —le contestó el Nieto mostrándose al Abuelo.

—¿Y...? —repitió el Abuelo.

—¡Estoy harto! ¡Aburrido! ¡Cabreado de tanto esperar! —dijo una de las voces.

—¿Y el ángel? —volvió a la carga el Abuelo.

—¡Delante! ¡Con la espada en alto dispuesto a abatirme!

—¡¿Y...?! —le apremió el Abuelo.

—¡Esperando! ¡Como si esperara oír una orden para ejecutarme!

—¡¿Y...?! —volvió a insistir el Abuelo cuando el Nieto quedó en silencio.

—¡Aguantando! ¡Sin cagarme! ¡¿Qué te creías?! —explotó el Nieto.

—¿He dicho yo que te cagaras?

—¿Qué dijiste entonces?

—¡Al grano, nieto!

Tapándose la boca con una mano, el Nieto recorrió con la mirada la habitación —¿Qué se ha podido venir conmigo del viaje?

—¿Acompañando al fruto? —dijo el Abuelo alargando la mano hacia el fruto del viaje.

—¡Quieto! Ni lo toques.

—¿Quién va a tocarlo? Lo he señalado. Simplemente. Nunca haría nada que fuera en contra de tu voluntad. ¿O sí?

—¡Abuelo! Que te conozco.

—Vale.

—¡¿Hasta cuándo vamos a seguir esperando?! —casi gritó el Nieto.

—Hasta cuando tú quieras. Para el tiempo que me queda, no tengo ninguna prisa —contestó el Abuelo.

—Hasta cuando vamos a seguir esperando…, dijo una de las voces que parecían salir del suelo, bajo las matas —insistió el Nieto.

—¿Te vas a burlar de tu abuelo? —amenazó el Abuelo poniendo el puño bajo las narices del Nieto.

—¡Oh! ¡Infernal violencia que arrasas con todo lo noble que el humano posee! ¡Oh! ¡Maléfica violencia destructora de conciencias! —y terminando de pronto de clamar el Nieto, quedó mirando a los ojos del Abuelo.

—¡Está bien! —Exclamó al cabo el abuelo —¡Maldita violencia! —y retirando el puño de las narices del Nieto, le golpeó contra la mesa.

—¡Maldita violencia! —insistió el Nieto señalando al abuelo.

—Maldita —dijo al fin el Abuelo, humilde, sentándose en la butaca.

—¿Voy a tener que aguardar otra eternidad más? —dijo el Nieto.

—¿Acaso no la he maldecido por lo menos tres veces? —se justificó el Abuelo enseñando las palmas de las manos al Nieto.